

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

ME ha cuadrado asistir a una comida regional donde abundaban los políticos y poco después a una cena política donde predominaban los gastrónomos. Todo esto cae muy lejos de mi costumbre. Pero ya se sabe, Madrid es un caserío donde por menos de nada te ves presentando un libro o jurando el cargo de subsecretario. La definición pertenece a Cela, no hay que adornarse con plumas de otro. En cambio, sí puedo aportar mi propia, inédita experiencia sobre el consomé y la lubina en los alrededores del mando. Es la noche de la villa y corte, y ríanse ustedes de otras seducciones capitalinas. Vamos debidamente invitados, guardias otrora indiferentes nos hacen el saludo... Creo que a esto lo llaman ahora la erótica del poder.

Cuando ordeno un poco tales recuerdos, advierto que lo principal de la fiesta ha estado en el antes, como tantas veces ocurre en el amor. La cena propiamente dicha resultó demasiado entonada, y a la sobremesa se advertían algunos cansancios, pero el tiempo del aperitivo junto a la barra libre fue vibrante y entusiasta. Los comensales llegaban frescos, ávidos, expertos en hacerse cargo de la situación al primer contacto. En ver y ser vistos. Apenas se daban la mano, pero se abrazaban mucho. Y sobre todo, la consigna debía de ser palmearse las espaldas en un raro concierto de percusión. No llegué a librarme. El saludador era cordial, pero poco fisonomista, porque me preguntó si todo iba bien para mí en lo de Huesca. Yo no conozco en Huesca más que a un señor de Caza y Pesca, pero tuve vergüenza de decírselo. Luego comprendí que me había visto cara de postulante.

Bueno, ahora me da por pensarlo, tampoco estaría mal ser gobernador civil (pues de gobernadores civiles estaba la noche) en la provincia de Huesca. O en Ciudad Real. O en Soria. Desde luego, en una demarcación modesta, donde la llegada de Su Excelencia a tomar posesión es un acontecimiento. Donde la vida ciudadana va a girar alrededor del nuevo personaje y de la esposa del personaje, "la primera dama de la provincia" los ciudadanos atisbando, su talante exterior, aprendiendo sus gustos, examinando su oratoria. y donde, en fin, uno podría propiciar espléndidas semanas culturales para invitar a los amigos poetas, que son muchísimos, o a los poetas amigos, que, ya no son tantos. Incluso semanas de medie mes. En 1940 se presentó a cierto congreso oficial un proyecto de tanda conmemorativa de algo, más o menos así: "Artículo 1º: Esta semana constará de quince días." ¿Y por qué no? La autoridad es la autoridad.

Pero son ganas de enredar, porque nadie ha vuelto a preguntarme nada. Entonces voy y me consuelo conque así no tendré que escuchar "El sitio de Zaragoza". Los jefes provinciales tienen que pasar muchas veces por esta prueba, a la que son sometidos por rondallas tenaces, y también por conjuntos llamados de pulso y púa.

NO abundan hoy los oradores elocuentes en lo político -y se comprende por más de una razón-, ni en lo forense, ni en lo literario. Lo cual no significa que falten políticos, juristas y escritores de valía. Para una conferencia bien pensada, bueno; pero en cuanto a la mantención de juegos florales, pósticos de fiestas y proclamación de guapas oficiales, son ya pocos los pregoneros idóneos.

¿Y los predicadores? Ahora, en la Semana Santa, me dicen unos cofrades que la dificultad se hace patente. Cuesta trabajo encontrar reverendos capaces para un Encuentro o unas Siete Palabras al estilo del país, donde un verbo tonante tiene que ordenar el movimiento de los personajes del drama además de mover los corazones. Y hay pueblos en que la omisión de estas ceremonias de la liturgia popular, complementaria de la liturgia, de la Iglesia, maltrataría el sentimiento de los fieles. Los cambios importantes no suelen ser incruentos. Y el signo de nuestro tiempo, según sabemos es la transformación.

Uno ha acompañado más de una vez, como monaguillo, al fraile que se acercaba al púlpito para predicar casi como en calendas de nuestro Padre Isla, el creador de Fray Gerundio: si no con la letra del "Alfanje apostólico", la "Trompeta evangélica" y otros sermonarios, sí con parecida música. En una villa no muy grande, que es por donde anduvo el adolescente que fui, venía de perlas la sentencia de que nadie es profeta -o sea, predicador- en su propia tierra. Los clérigos locales, por bien que lo hicieran, carecían de ese halo de lejanía que tanto favorece a muchos aspectos del arte. O sea, que la predicación solemne de las fiestas mayores era confiada siempre a forasteros. Había, pues, un censo no escrito, pero suficientemente sabido, de preclaros cultivadores del género. El predicador llegaba, y lo primero que hacía era enterarse del gentilicio del lugar. Los pueblos son muy sensibles a que nombren a sus habitantes como es de ley, lo mismo que ahora se cultiva en sociedad el emplear urgentemente el nombre de pila con quien hasta hace un momento nos era desconocido. A los de Villafranca, por ejemplo, les parece muy mal que en vez de villafranquinos los nombren villafrancanos. Luego eran ya los recursos del caso, casi siempre terminando en un postrer arrebatado donde la asamblea, por instinto aguzado en la experiencia, entendía que la llamaban a caer de rodillas. Yo conocí a una criada de casa devota, que sin la menor intención irreverente acertaba el momento preciso ("¡Ahora empieza a

enfadarse!") y salía sigilosamente a preparar la cena. Por algo el pueblo, sagaz en las cosas del lenguaje, a la palabra sermón le otorga también el significado de amonestación, reprimenda, regaño...

Ciertamente, discursos seguirá habiendo para enseñanza de la buena doctrina religiosa, para exhortación a la virtud o para la enmienda de los vicios. (Y por supuesto..., homilías.) Lo que quizá no haya es sermones "de aquellos". De manera que este Viernes Santo quisiera volver a lo más mío por si aún cabe recoger en el magnetófono lo que con el tiempo será reliquia impagable. "¡Suene el clarín...!"